

El escenario económico internacional, una oportunidad para América Latina

*Por Adalberto Rodríguez Giavarini

“Un intercambio de superávit y necesidades entre naciones vecinas es un derecho y una obligación bajo la ley moral”

Thomas Jefferson a
William Short , 1791

A tenor de la evolución del Producto Bruto mundial, la economía internacional transita una etapa particularmente favorable del ciclo económico.

Para este año se proyecta un crecimiento del 3,7%, esto es casi un punto por encima del promedio de la década del '90 (que fuera del 2,8% anual), con una aceleración importante con respecto a los primeros años del presente decenio (2% en el 2002, y 3% en el 2003.)

Tal expansión se ha dado en condiciones de razonables estabilidad económica. Así la inflación mundial ha oscilado en los últimos años en un 2,5% anual –1,5% para los países desarrollados, 3,5% para Asia Emergente y 6,5% para Latinoamérica–, mientras para el 2004 se presume que la tendencia persistirá pese a la positiva recomposición de los precios de las materias primas.

Sin embargo, la volatilidad de la tasa de crecimiento de los países ha venido disminuyendo, lo que indica una suerte de simultaneidad en la tendencia expansiva y, en otras palabras, sugiere una aparente sincronización de la economía mundial. Al mayor dinamismo económico en los Estados Unidos se agrega el sostenido crecimiento del Asia Emergente y la recuperación de las economías de América Latina y de Europa Emergente, que en el 2002 se debatían entre el estancamiento y la recesión.

La reactivación mundial tiene diversos protagonistas. Por su magnitud, los Estados Unidos tienen una gravitación determinante. La economía norteamericana está traccionando al mundo –como da cuenta el aumento de su déficit comercial y de cuenta corriente– creciendo al 4% anual.

Desde otra perspectiva, China logró mantener en el último quinquenio un ritmo de crecimiento del 8% al año, que se mantendría en 2004 y que incide fuertemente en el mercado de las commodities.

Mientras tanto, Japón ha mejorado su desempeño en el último trienio y esa línea parece estar llamada a persistir. La Unión Europea, por su parte, intenta salir del piso en que cayó en el período 2002/2003.

Luces y sombras

Los efectos beneficiosos de dicha situación, tanto en términos de aumento en el comercio, cuanto de condiciones más benignas en el costo del financiamiento ayudaron a las economías emergentes en general y a las latinoamericanas en particular.

Al crecimiento del 8,4% que alcanzó la Argentina, se agregaron Perú, Ecuador, Chile y Colombia, creciendo entre un 3% y un 4%, como promedio anual, en el transcurso del 2003. En el 2004, la onda favorable parece haber alcanzado a México y a Brasil, lo que se mantendrá, de no mediar algún factor inesperado.

Sin embargo, el panorama no es rosado y, al contrario, hay algunas nubes en el horizonte que podrían erosionar las bases del crecimiento esperado para este año y hasta, quizás, complicar el escenario del 2005.

Una cuestión fundamental es cómo articularán sus políticas domésticas los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Y, en el caso de Washington, de qué forma la administración republicana logrará una normalización de sus cuentas externas y fiscales, sin producir perjuicios graves en la economía mundial.

El olvidado “Twin Déficit”

La cuestión de los llamados déficit “gemelos” y la baja tasa de ahorro privado fueron subestimadas, por diversas

razones, en los Estados Unidos, hasta que la depreciación del dólar comenzó a hacerse evidente.

En el 2003, el déficit en cuenta corriente fue del 5,1% del PBI y el fiscal del 3,5%, proyectándose en ascenso hacia el 4,5%, en el 2004.

Los argumentos para afirmar la sustentabilidad de esta situación son de diverso orden: i) el persistente impacto de la tecnología en el alza de la competitividad de los Estados Unidos.; ii) la baja tasa de inflación asociada con el aumento de la productividad (ignorando el rol de China en el derrumbe de los precios de las manufacturas); iii) el hecho que el déficit fiscal norteamericano se generó, en parte, por la reducción de impuestos.

Cada argumento tiene su respectiva refutación, al menos parcial, pero un hecho sintomático, que revela la magnitud del problema, radica en el cambio en el endeudamiento neto estadounidense ocurrido desde fines de la década del '80 hasta el presente.

La respuesta a las dificultades de la principal economía del planeta se resume en un axioma: política fiscal dura dentro de los Estados Unidos. –para fortalecer el ahorro agregado a través de la disminución del déficit fiscal– y una cierta holgura monetaria (para evitar una espiralización de la tasa de interés) en un contexto de transferencia de recursos de sectores domésticos a exportables.

En la Unión Europea y Japón el movimiento debería ser inverso. En particular, al liberar la política fiscal, que provocaría una suba del gasto doméstico.

Esta ingeniería permitiría, con bajo costo global y por la vía de reasignación de recursos a lo largo de la frontera de producción en las regiones líderes, modificar el sendero de crecimiento de la economía mundial y lograr una corrección suave y natural en la relación entre las monedas líderes.

Por ahora, sin embargo, la corrección no parece haber tomado este camino.

Por un lado, porque se trata de una corrección que puede resultar dolorosa en tiempos electorales, particularmente en América del Norte, por lo que las urgencias políticas inducen a que se considere más redituable hacer simultáneamente políticas fiscal y monetaria blandas.

Por el otro, en Europa los países más grandes tienen ya déficits fiscales de una magnitud tal que quizás no deseen –además de no resultar prudente– correr riesgos adicionales. Particularmente los que implicaría una flexibilización fiscal.

La devaluación del dólar frente al euro –y en menor medida frente al yen y la libra esterlina– es el resultado previsible de estos desequilibrios.

Sin embargo, la corrección se dilata, por cuanto una parte del comercio de los Estados Unidos se realiza con países cuyas monedas se encuentran más o menos atadas al dólar. Por lo que, obviamente, la depreciación del billete estadounidense frente a una canasta de monedas representativa de su comercio total es más moderada que la experimentada frente al euro o al yen. Dichos países, China, algunos otros asiáticos y varios latinoamericanos, siguen aumentando su superávit comercial bilateral con los Estados Unidos y acumulan reservas que recolocan, al menos en parte, en bonos del Tesoro estadounidense. Así demoran el ajuste de la tasa de interés, a la vez que evitan una mayor depreciación del dólar frente a la referida canasta, que culmine la corrección de la balanza comercial.

Esta situación aparece como demasiado inestable y volátil. Particularmente si tenemos en cuenta que existe un marcado desequilibrio en la distribución del impacto del ajuste de la economía estadounidense que puede bien derivar en un cambio de roles tal, que quienes han visto revaluadas sus monedas comiencen a intervenir dentro de los límites que les permita la prudencia monetaria y que quienes han, hasta ahora, sostenido sus respectivas monedas, comiencen a dejarlas flotar más libremente.

La chance, al sur del Río Bravo

La ventana de oportunidad que implicó el crecimiento de la economía mundial desde mediados del 2002 ha sido aprovechada de diversas maneras por Latinoamérica.

Para la Argentina, ella significó una contribución esencial para la recuperación de la actividad económica y debe haber aportado entre 2 y 3 puntos al crecimiento de 8,4% para el año 2003 que fuera anunciado por el Ministro de Economía, que ocurriera de la mano de los altos precios de la soja, los granos en general y el petróleo.

El escenario internacional también está facilitando la esperada recuperación de la economía del Brasil en el año 2004.

De todas formas, diversas turbulencias institucionales han estado presentes en algunos países de la región, a pesar

de que se atraviesa una etapa favorable del ciclo. Perú y Ecuador son dos claros ejemplos de esto.

En aquellos países comprometidos con reformas estructurales, la “fatiga” de la reforma se ha hecho presente con excepciones puntuales y ha estado hasta asociada con algún país en el que la reforma tiene una tradición más prolongada y hasta un mejor diseño (Chile).

La alternativa para la región pasa entonces por encontrar un camino que permita impulsar el crecimiento sustentable y sea capaz de atraer un flujo sostenido de inversiones, construido sobre los pilares del comercio y la prudencia monetaria y fiscal. Por cierto, ello debe suceder en un marco de democracia y de respeto de los derechos individuales –incluyendo especialmente el de propiedad– transparencia y austeridad republicana. Esto debe apuntar a reducir –y, algún día, a poder erradicar– la pobreza de nuestros pueblos. Lo que aumentará la estabilidad política en la región y creará un “círculo virtuoso” que alimentará, a su vez, el proceso de crecimiento y desarrollo económico.

La posición alternativa radicaría en conformarse con una aproximación más bien oportunista a las posibilidades que ha brindado –y todavía sigue brindando– la referida bonanza internacional. Esto supondría derrochar imprudentemente los márgenes que concede el momento de auge del ciclo, sin buscar la consolidación de las instituciones políticas y sociales, ni acumular recursos para poder enfrentar la normalización que puede anticiparse cuando desaparezcan los factores que hoy desempeñan un papel tan favorable.

El comercio internacional.

En ese sentido, el comercio internacional ejerce un rol fundamental en la sustentabilidad y es evidente como los países latinoamericanos, al transitar el sendero del regionalismo abierto, están buscando incrementar el comercio intra y extra regional.

Lo hacen a favor de diversos acuerdos, cuyo mínimo común denominador podría encontrarse en el ALCA.

Este proceso, por ahora y hasta que esa iniciativa se complete, se perfila hacia los acuerdos subregionales (desde NAFTA, hasta MERCOSUR) o hacia un sinfín de convenios más o menos bilaterales que, no casualmente, se han multiplicado desde que se inició el proceso de negociación del ALCA. Por cierto, los acuerdos extra regionales, como el de MERCOSUR-Unión Europea, contribuirían todos en la misma dirección.

La intensificación del comercio tiene múltiples ventajas. No solo por su impacto favorable sobre la actividad económica y el empleo. También por ser el instrumento por el cual aumenta, en cantidad y variedad, la oferta de bienes a los que pueden aspirar una sociedad y porque reduce los costos de producción al ganar en eficiencia el aparato productivo.

De alguna manera, el comercio perfecciona el acortamiento de las distancias que ha permitido el desarrollo tecnológico en las comunicaciones, que posibilita que ahora los consumidores trasciendan, visual y fácticamente, las fronteras de su propio país.

El comercio refuerza el entretejido de la malla de la aldea global, haciendo desaparecer –o al menos modificando– las hipótesis de conflicto, tal como ocurriera en Europa en la segunda mitad del siglo XX, lo que contribuye a la paz entre las naciones.

La instancia es entonces favorable para que los países de la región realicen nuevos esfuerzos para mejorar la calidad de sus instituciones y satisfacer los reclamos de sus respectivas sociedades. El éxito en estos esfuerzos favorecerá la gobernabilidad y permitirá una defensa más robusta de los respectivos intereses nacionales.

La integración regional favorece la “importación de institucionalidad democrática”, al inducir a los países participantes a introducir reglas y perfeccionar las instituciones nacionales para adecuarlas al estándar regional.

Es cierto que es condición para que tal beneficio exista, que los países que negocian tengan un auténtico compromiso con el proceso integrador y no lo consideren simplemente como una cobertura, o como una situación no permanente, respecto de la cual es siempre posible retroceder.

Bajo esta lupa, el ALCA desempeña un papel importante.

Más allá de los tiempos que demande su perfeccionamiento, la multitud de acuerdos bilaterales o subregionales ya existentes quizás no hubieran madurado nunca sin el claro aliciente que ese proyecto supone.

Después del ALCA, el desafío es el mundo entero. Para sus países miembros, el acuerdo no debe ser visualizado como una barrera que los protege frente a la competencia externa, sino por el contrario como una nueva plataforma de oportunidad para intensificar el comercio con el resto del mundo desde la perspectiva de una mejor asigna-

ción de factores productivos derivada de la integración regional.

“Es imposible que hoy en día el mundo continúe por mucho tiempo insensible a una verdad tan evidente como el derecho a tener un comercio interconectado con nuestros vecinos como un derecho natural”, enseñó Thomas Jefferson, en 1788, luego de haber sostenido : “pienso que todo el mundo ganaría situando al comercio en perfecta libertad”.

El eco del evidente rechazo del proteccionismo y el pronunciamiento en favor del libre comercio y la igualdad de las naciones que realizara en su momento uno de los “padres fundadores” de la grandeza estadounidense contiene una lección que aun merece ser escuchada e implementada. Desde Alaska a Tierra del Fuego, ciertamente. Pero tambien allende los mares.

*Ex Canciller de la República Argentina